

hay paisajes que cambian a partir de una forma originaria y tienen diferentes valores.

Quizá, pero poco probable.

Las sugerencias del libro tienen la suficiente amplitud para que las fotos de María Rosa Russo formen un discurso al hilo del texto. Unas veces el encuadre, con su tendencia a cerrar la perspectiva, entonces a romper el discurso descriptivo y lineal de la panorámica limpia, mete el ojo en la contradicción, en el contraste o en la banalidad. Otras, las menos, el tema. Aunque reconocemos el objeto, éste no agota las posibilidades de expresión, que van saltando de una imagen a otra. María Rosa ha leído el libro o no, pero ha eludido ilustrarlo: flor donde dice flor, autopista donde dice autopista. Acertadas o no, las fotos muestran lo que está ahí, como las enumeraciones del texto.

En fin, primera, unos geógrafos no han roto con las amarras del productivismo y de los procesos más o menos pretéritos, cuando otros ya caminan por los intersticios del paisaje y las fluctuaciones del tiempo. Entre las lindes bien perfiladas de los paisajes clásicos. Segunda, la investigación geográfica se encuentra, en ocasiones, ante una ignominiosa barrera que impide la fluctuación entre las servidumbres de la academia y las posibilidades de divulgación. Y este libro es una muestra de que hay territorios de paisaje borroso y una necesidad social de comprender que no admiten límites entre ambas.—
TOMÁS CORTIZO ÁLVAREZ

*Cartografia històrica dels Països Catalans**

La *Cartografia històrica dels Països Catalans* constituye una obra de referencia fundamental dentro del campo de la historia de la cartografía española. Un campo en el que es posible encontrar parcelas muy bien cultivadas, gracias a la existencia de excelentes monografías sobre diversos temas de cartografía náutica, militar o catastral, pero falto de buenos trabajos generales de síntesis. Precisamente, este déficit es el que el autor ha intentado en este libro cubrir para el área de los Países Catalanes.

Se trata del fruto de un geógrafo, que, a lo largo de su intensa y variada actividad profesional se ha ido interesando progresivamente, al igual que muchos otros, por

* ROSSELLÓ I VERGER, Vicenç M.: *Cartografia històrica dels Països Catalans*. Valencia, Universitat de València e Institut d'Estudis Catalans, 2008, 402 págs.

la cartografía histórica, consciente de su extraordinario valor geográfico. Las primeras publicaciones del profesor Rosselló sobre este tipo de documentación datan, como mínimo, de finales de la década de 1980 y son el resultado de las investigaciones realizadas acerca del mapa del Reino de Valencia del jesuita F. A. Casasus. Desde entonces, el número de publicaciones suyas sobre esta temática ha ido creciendo año tras año. A título meramente orientativo se puede destacar la edición del libro *Les vistes valencianes d'Anthoine van den Wijngaerde (1563)* (1990) y su aportación al catálogo de la exposición *Portolans procedents de col·leccions espanyoles. Segles XV-XVII* (1995). Su labor en este campo del conocimiento geográfico también se ha extendido a la dirección de tesis doctorales, siendo el director, de forma conjunta con el medievalista Francisco Miguel Gimeno Blay, de la tesis doctoral de Ramon J. Pujades. Una tesis que es la base de la magna obra de este medievalista valenciano titulada: *Les cartes portulanes. La representació medieval d'una mar solcada* (2007).

El libro que nos ocupa aquí recoge, precisamente, una buena parte de la labor investigadora llevada a cabo por Vicenç M. Rosselló. A lo largo de ocho extensos capítulos se expone la evolución de la cartografía de los Países Catalanes desde la Antigüedad clásica hasta el inicio de la guerra civil española en 1936. El primero está dedicado a la cartografía del período clásico. Uno de los aspectos más destacados del mismo es el análisis del códice de Ripoll denominado *Geometría Gisemundi*, una copia medieval del siglo X de un manuscrito romano original del siglo IV.

Los dos capítulos siguientes, el segundo y el tercero, están dedicados a la cartografía medieval. En el primero se describe y analiza la variada y rica producción cartográfica de tipo no náutico realizada durante la Edad Media. De entre los diversos documentos cartográficos tratados, es preciso mencionar el esquemático mapa de la península Ibérica, contenido en la *Nomina Agrimensorum* (siglos IX o X), y en el que el Pirineo separa Hispania de *Wasconia* y el mar mediterráneo es denominado *Terreno*. Bastante más modernos son los mapas relativos al *Castrum d'Angularia*, que es un cartograma del término leridano de Verdú de 1268, a una acequia de Mallorca (1344-1346) o al valle valenciano de Albaida de 1499. Sin olvidar la información geográfica de los Países Catalanes, contenida en la *Tabula Rogerina*, obra del cartógrafo ceutí al-Idrīsī elaborada ca. 1154.

El tercer capítulo, dedicado a las «cartas medievales de navegar», constituye uno de los platos fuertes del li-

bro. Tal vez, el más sabroso. El autor, especialista en historia de la cartografía náutica medieval, ha realizado una síntesis magistral sobre la génesis y evolución de este tipo de mapas. En primer lugar, apunta que la carta de navegar más antigua que se conserva de la escuela mallorquina fue obra de Angelino Dulceti, un cartógrafo de origen italiano, muy probablemente genovés (ca. 1339). Más adelante, tras exponer las raíces helenísticas, musulmanas y cristianas de las cartas de navegar, aborda la debatida cuestión sobre cuál o cuáles fueron los centros de innovación cartográfica, que dieron lugar a las cartas de navegar medievales. Se indica, al respecto, siguiendo la opinión del erudito mallorquín Gabriel Llompart, que los cartógrafos mallorquines o catalanes no eran, tal como lo evidencia el estado de los conocimientos actuales, ni originales, ni científicos, sino simples copistas.

Un aspecto particularmente interesante de este capítulo es el dedicado a la historia social de esta cartografía náutica. No sólo se analizan los cartógrafos y los *obradores* o talleres de cartas náuticas documentados, sino que se da cuenta detallada, a partir de las investigaciones llevadas a cabo por Gabriel Llompart y de Jocelyn N. Hillgarth, de quiénes eran sus clientes: mercaderes, boteros, médicos, abogados, notarios, procuradores, pescadores, marineros, prestamistas y donceles. El capítulo dedica, además, toda una parte a analizar, de forma precisa, la cuestión de los topónimos, ya que para el profesor Rosselló, siguiendo la opinión de T. Campbell, constituyen la «sangre vital de la cartografía».

El capítulo siguiente, el cuarto, está dedicado a los principales documentos cartográficos a pequeña y mediana escala, tanto manuscritos como impresos, realizados durante los siglos XVI, XVII y XVIII. Se trata de un capítulo muy extenso, de más de cien páginas, profusamente ilustrado con ciento treinta y tres figuras. Tras una breve introducción acerca del impacto que representó la recuperación del legado cartográfico ptolemaico sobre la cartografía renacentista, se exponen y analizan los principales mapas de los Países Catalanes, reproducidos en atlas editados, en su mayoría, en los Países Bajos. El primero en ser analizado es el *Valentiae Regni*, publicado a escala ca. 1:640.000 en la edición latina de 1585 del *Theatrum Orbis Terrarum* de Ortelius, advirtiéndose que se trata del primer mapa de uno de los territorios de los Países Catalanes en reproducirse en un atlas internacional. Este mapa, que ha sido atribuido por el historiador de la ciencia Vicenç Navarro Brotons al cartógrafo valenciano Jeroni Munyós, cuenta para la época con una base astronómica y un trabajo de

campo relativamente sólido y exacto. A continuación, se expone el mapa titulado *Cataloniae Principatus Novissima et Accurata Descriptio* de J. B. Vrints y publicada por vez primera en la edición castellana de 1602 del *Theatrum Orbis Terrarum*.

También se analizan los primeros mapas de las islas Baleares insertos en atlas impresos a finales del siglo XVI. Éste es el caso del mapa del archipiélago balear publicado por el cartógrafo flamenco Gerard de Jode en su célebre atlas *Speculum Orbis Terrarum*, publicado en 1578. Se describen y analizan, asimismo, los primeros mapas de conjunto del condado del Rosellón, que a partir de 1659 pasaría a formar parte del reino de Francia. En la parte final del capítulo se exponen los mapas de escala mediana, en su mayor parte manuscritos, dedicados a representar diócesis, comarcas y áreas de interés militar o fiscal. Los documentos expuestos, a pesar de su interés, constituyen pequeña una muestra de un tipo de cartografía que, en gran medida, está por estudiar.

El siguiente capítulo, el quinto, trata de la cartografía náutica elaborada durante los siglos XVI, XVII y XVIII. La primera parte está dedicada a analizar la evolución de las diferentes dinastías de cartógrafos mallorquines, que desde la Baja Edad Media se dedicaban a la elaboración de cartas de navegar (Oliva-Olives, Pruners, Martines). Resulta bastante interesante, en este sentido, la explicación ofrecida sobre la documentación conservada del clan Oliva-Olives, que permite corroborar la sospecha de una actividad organizada en forma de factoría u oficina. La segunda parte trata de las cartas náuticas holandesas, francesas, españolas y británicas relativas a las costas de los Países Catalanes.

En el capítulo sexto se describe y analiza la cartografía urbana anterior a 1936. En primer lugar, se hace referencia a las imágenes o viñetas de ciudades existentes en las cartas de navegar medievales. En diversas viñetas relativas a la ciudad de Barcelona, como es el caso de la carta de navegar de B. Ripoll y J. Bertrán de 1456, se aprecia la montaña de Montjuïc con su torre insignia. A continuación, se exponen diversos documentos urbanos, entre los que destacan un proyecto de ca. 1528 del puerto de Barcelona, así como las vistas de esta ciudad que el pintor y cartógrafo holandés Jan Cornelisz Vermeyen realizó en 1535 para inmortalizar la expedición del emperador Carlos V contra Túnez. También se da cuenta de la primera imagen impresa de la ciudad de Perpignan, reproducida en 1575 en la *Cosmographie* de François de Belleforest.

Las vistas urbanas dibujadas en 1563 por el pintor y cartógrafo flamenco A. van den Wijngaerde son objeto de una atención especial. Más adelante, se atribuye la vista de Barcelona, aparecida en 1572, en el primer volumen de la *Ciuitatis Orbis Terrarum*, al pintor y cartógrafo flamenco Jooris Hoefnagel. Estudios recientes, realizados por el arquitecto e historiador Albert García Espuche, la atribuyen, sin embargo, a Jan Cornelisz Vermeyen. Una vez analizada la cartografía urbana de la ciudad condal realizada hasta finales del siglo XVIII, sostiene que el plano de esta ciudad realizado en 1788 por Antoni Ponç i Piquer constituye, de hecho, la primera representación cartográfica consistente del «cap i casal» de Cataluña.

A continuación, el autor afirma que la ciudad de Valencia poseía desde principios del siglo XVIII, gracias al extraordinario plano titulado *Valentia edetanorum* y trazado por Tomàs V. Tosca i Masco en 1704, una cartografía bastante más precisa y de mayor riqueza toponímica que las coetáneas de otras ciudades de los Países Catalanes. Además explica que la cartografía relativa a la ciudad de Palma de Mallorca para este período es la que ha sido objeto de estudios más detallados. Y no se olvida de reseñar la interesante serie de maquetas o *Plan-reliefs* que los ingenieros militares franceses hicieron a partir de 1688 de diferentes ciudades y poblaciones catalanas (Perpiñán, Prats de Molló, Vilafranca de Conflent o Roses).

En la última parte de este extenso capítulo se aborda la cartografía urbana realizada desde el fin de las guerras napoleónicas hasta el inicio de la guerra civil española. Para el caso de Barcelona pone de relieve, en primer lugar, los trabajos topográficos llevados a cabo por el ingeniero de caminos Ildefons Cerdà. Y, tras citar las aportaciones de Miquel Garriga i Roca y de Pere García Faria, explica la creación en 1923 del «Servei del Plànol de la Ciutat», el organismo municipal encargado de levantar, bajo la batuta del ingeniero militar Vicenç Martorell Portas, el *Plano de Barcelona* a escala 1:2.000. Para el caso de la ciudad de Valencia analiza, en primer lugar, el detallado *Mapa que contiene la descripción topográfica de la ciudad de Valencia*, trazado por Cristòfol Sales en 1821 para la Sociedad Económica de Amigos del País. A continuación, aborda el *Plano geométrico y topográfico de Valencia del Cid*, trazado en 1853 por el ingeniero militar Vicente Montero de Espinosa y que, en opinión suya, constituye el primer documento cartográfico «fiable» de esta ciudad. Tras comentar diversos mapas, indica que el *Plano geométrico de Valencia* a escala 1:300, fruto de un levanta-

miento realizado en 1892, viene a sustituir el levantado en 1853. Por último, se hace referencia al catastro parcelario del término municipal de Valencia, levantado a escala 1:1.000 por el Instituto Geográfico y Catastral entre 1929 y 1941. En el apartado dedicado a la ciudad de Palma de Mallorca se indica que el *Plano general de la plaza de Palma, capital de las Yslas Baleares* a escala 1:1.250, trazado en 1871 por el ingeniero militar inglés L. Scheidnagel, constituye una de las mejores representaciones cartográficas de esta ciudad realizadas a lo largo del siglo XIX. Otro de los documentos cartográficos de Palma de Mallorca analizados es el titulado *Ensanche de Palma. Plano de conjunto*, levantado a escala 1:4.000 y trazado en 1897 por el ingeniero de caminos y arquitecto municipal Bernat Calvet. El capítulo se cierra con una breve, pero interesante, exposición de planos de diversas ciudades de tamaño medio.

En el capítulo séptimo se expone y analiza diversos tipos de mapas, que el autor define como «instrumentales o temáticos». En primer lugar, se aborda la cartografía de carácter militar, una cartografía que, en gran medida, ya ha sido analizada en capítulos anteriores al tratar, por ejemplo, la cartografía urbana. Los mapas de los ingenieros militares al servicio de Felipe II o los del ingeniero militar francés Sébastien de Pontault, *sieur* de Bonlieu, son algunos de los múltiples documentos cartográficos tratados, de forma específica, en este capítulo. De entre estos se puede señalar el mapa titulado *Les frontieres de France et d'Espagne*, impreso en 1694 por el geógrafo francés Nicolas de Fer. La frontera que separa ambas monarquías en este mapa está representada mediante una línea iluminada de color amarillo y el valle de Arán forma parte del territorio francés. El autor cierra este interesante apartado con la hoja nº 570-II, «Alcobacer» de la edición especial del *Plano Director* a escala 1:25.000, impresa en Barcelona en agosto de 1938 por la Sección Cartográfica del Estado Mayor Central republicano.

A continuación, se aborda la cartografía náutica elaborada durante los siglos XVIII, XIX y XX. Además de las cartas reproducidas en el *Atlas Marítimo de España* de Vicente Tofiño de San Miguel, el autor da cuenta de otros interesantes documentos hidrográficos de la época como el *Mapa en que se manifiesta la costa marítima de los Reynos de Valencia y Murcia* a escala 1:30.000, levantado por Balthazar de Ricaud con fines estrictamente militares. También se analizan las cartas levantadas por la Dirección de Hidrografía, indicándose que la época más productiva de esta institución fue la de los años comprendidos entre 1876 y 1887, cuando Rafael

Pardo de Figueroa estuvo al frente de la misma. El siguiente apartado está centrado en el análisis de los mapas geológicos, recibiendo una atención especial los trazados por los geólogos Jaume Almera, Joan Vilanova i Piera y Paul Fallot.

La última parte del capítulo está dedicada a la cartografía parcelaria del siglo XIX realizada en Cataluña y en las islas Baleares. Para el caso de Cataluña el autor se apoya en las recientes investigaciones llevadas a cabo por los geógrafos Francesc Nadal, Luis Urteaga y José Ignacio Muro sobre este tipo de cartografía en la provincia de Barcelona. Para la rica documentación parcelaria de las islas Baleares utiliza sus propios estudios, así como los del geógrafo Tomàs Vidal. Por último, se lamenta de la escasa cuantía de este tipo de documentación cartográfica para el País Valenciano, hecho que constituye una singularidad ciertamente difícil de explicar.

El último capítulo, el octavo, está dedicado a los mapas oficiales y provinciales elaborados durante los siglos XIX y XX. Tras abordar una serie de mapas de tipo administrativo, en los que están plasmados los cambios territoriales que había ocasionado la implantación de la nueva división provincial en 1833, dedica un apartado entero a la serie de mapas provinciales del *Atlas de España*, publicada por el geógrafo Francisco Coello entre 1847 y 1870. A continuación, vuelve a tratar el tema de la cartografía militar, aunque centrándose, esta vez, en las series militares. Así, se analiza la evolución del *Mapa Itinerario Militar de España* a diferentes escalas o el *Mapa de Mando* a escala 1:100.000.

En el siguiente apartado se describe el desarrollo del *Mapa Geogràfic de Catalunya* a escala 1:100.000, cuya ejecución emprendió en 1914 la Mancomunitat de Catalunya. Basándose en las investigaciones llevadas a cabo sobre este mapa por la geógrafa M. Carme Montaner, el autor nos informa, entre otras cosas, que la primera hoja del mismo en ser impresa fue la n.º 34, «Vilafranca del Penedès», en 1922. Cierra el libro un brevísimo apartado dedicado a las «vicisitudes del Mapa Topográfico Nacional» a escala 1:50.000, basándose, en gran medida, en los trabajos publicados por los geógrafos Luis Urteaga y Francesc Nadal.

El libro, a pesar de su exhaustividad, no abarca todos los mapas de los Países Catalanes trazados hasta la guerra civil española. El autor tampoco lo pretende. En diferentes partes del mismo se expresa la imposibilidad de abarcar un ámbito tan amplio. Por esta razón, en el capítulo seis se advierte al lector que «a mesura que

anem avançant en el temps, augmenta la documentació conservada i qualsevol temptativa d'exhaustivitat esdevé impossible» (pág. 248). Más adelante, al abordar la evolución de la cartografía urbana durante el período 1815-1936 nos indica que, debido a las mejoras técnicas en la reproducción de los mapas, resulta «del tot impossible visitar-ne ni tan sols una mostra significativa» (pág. 268).

Como consecuencia de ello, a la presente obra se le pueden objetar lagunas o incluso en algunos apartados el carácter excesivamente descriptivo y general dados a algunos documentos cartográficos. En realidad, cada uno de los capítulos del libro podría corresponder perfectamente a un tomo de una futura historia de la cartografía de los Países Catalanes. Sin embargo, la lograda síntesis realizada por el autor y la exposición de un panorama cartográfico tan rico y variado validan con creces el notable esfuerzo acometido por el profesor Rosselló.

Existen otras dos razones, como mínimo, para considerar este libro como una obra de consulta y referencia fundamental en el campo de la historia de la cartografía: las ilustraciones y los comentarios de las mismas. Editado de forma impecable por la Universidad de Valencia y por el Institut d'Estudis Catalans, el libro cuenta con 463 ilustraciones de mapas o de figuras relativas a la actividad cartográfica, todas ellas muy bien reproducidas a color. Su lectura atenta permite formarnos una idea muy precisa del tesoro cartográfico que contiene el libro. Todas las ilustraciones van acompañadas de comentarios del autor, algunos muy agudos y otros ciertamente interesantes. En las observaciones que dedica a la carta portulana de M. de Viladesters de 1413 nos indica, por ejemplo, que «a més a més de l'uxer de Jaume Ferrer veiem com "pesquen" balenes prop d'Islàndia i Sant Barandan que hi cavalca» (pág. 79).

No quisiera terminar esta larga reseña sin apuntar que la obra del profesor Rosselló contribuirá, ante todo, a consolidar los estudios de historia de la cartografía en nuestro país. También que se convertirá en una herramienta de consulta y estudio de gran utilidad para todos los geógrafos y estudiosos interesados en la cartografía histórica. Y, por último, estimulará el estudio de nuestro riquísimo legado cartográfico. Un legado que los geógrafos deben conocer y utilizar tanto en sus estudios sobre el paisaje y sobre la organización humana del territorio, como para profundizar en sus conocimientos sobre la actividad cartográfica.— FRANCESC NADAL I PIQUÉ